Año XXII.

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

Num. 15.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA
A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.,
Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas
EDICION ECONOMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
EDITOR: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.

Sumario.— Canesú Felicité.— Berta Gabriela. — Cinturon de grandes cabos. —Flores de lana.—La violeta. — Espiga.—Margarita.— Orla en esterilla.—Entredoses al crochet, para guarnicion de colchas de niños, etc.— La Fortuna. — Peinados antiguos y modernos. — Explicacion del grabado de modas.—Balada. — Periquito entre ellas, por don Antonio de Trueba.—Creo en Dios. Cuento de color de rosa. — Crónica local.— Problemas de ajedrez. — Explicacion del figurin iluminado.— Geroglífico.

Canesú Felicité.

Este canesú se hace de tafetan rosa, tul blanco de seda, y encage negro; se le lleva con enaguas de tarlatana rosa ó blanca, ó de seda de colores claros, á listas, á cuadros ó lisos.

El canesú de que nos ocupamos se cierra por detrás, se hace de tul blanco fuerte, cubierto con tafetan rosa adornado con bullones de tul de seda formando peto; estos bullones, separados por un encage negro, continúan por detrás, pasando trasversalmente por debajo de los brazos. — Lo alto del canesú es de tul blanco, fruncido como una especie de *camisa rusa*, separada del entredos por una cinta de terciopelo negro; el entredos va orlado por un encage negro; por delante y por detrás forma tirantes una ancha tira plegada de tul. El cinturon es de tafetan rosa, y adornado por delante con un lazo de cinta rosa, que tenga 8 centímetros de ancho. La manga, corta y sin fruncir, es de tul blanco fuerte y rígido; va cubierta por un ancho bullon de tul blanco de seda, y por un volante á puntas de tafetan rosa, orlado con dos órdenes de encage negro; por lo bajo del bullon de tul, se halla de tafetan rosa recortado.

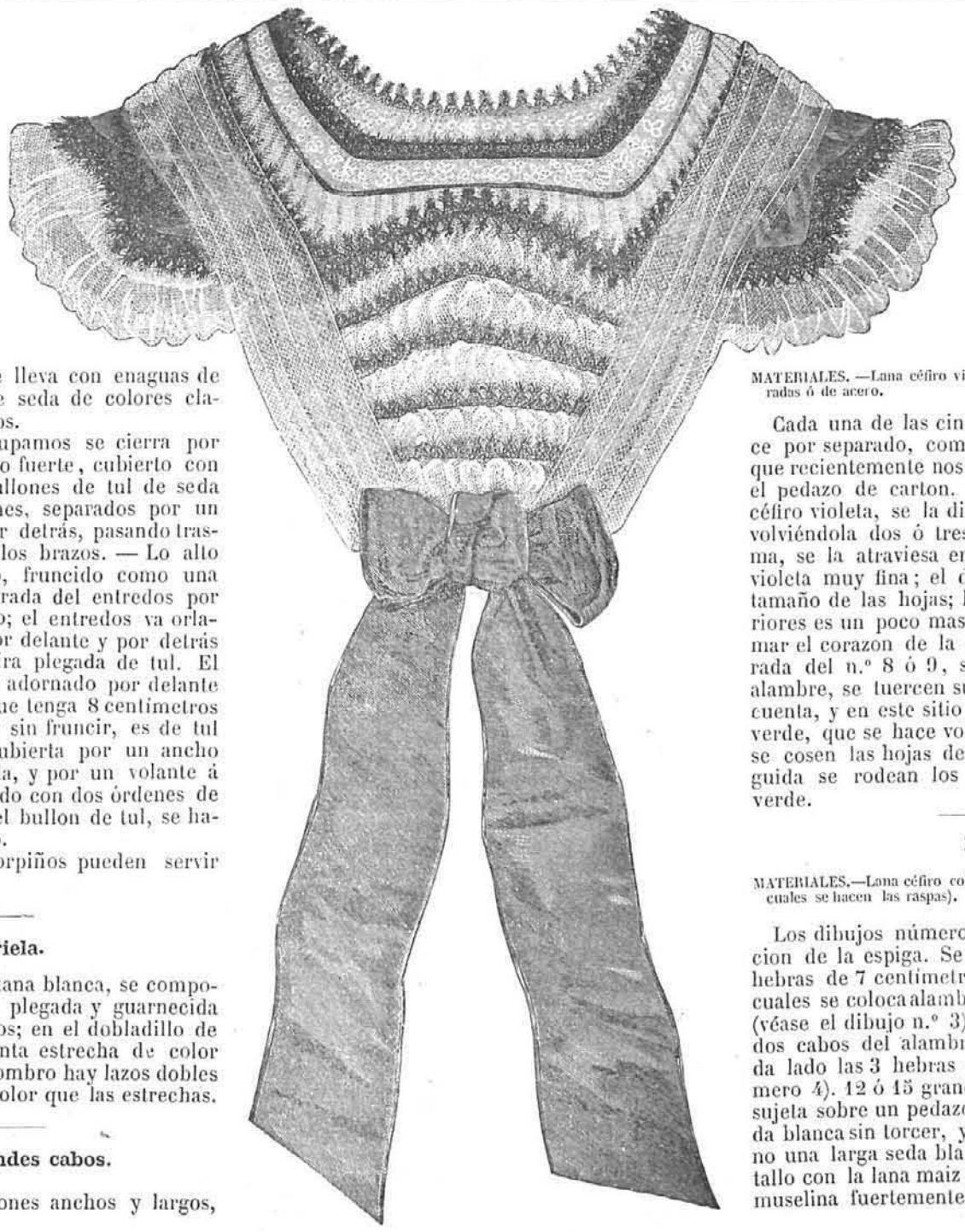
Todos los patrones de corpiños pueden servir para hacer este canesú.

Berta Gabriela.

Esta berta, hecha de tarlatana blanca, se compone de una drapería al sesgo, plegada y guarnecida con tres volantes encañonados; en el dobladillo de cada volante se halla una cinta estrecha de color vivo; delante y sobre cada hombro hay lazos dobles de cinta ancha, del mismo color que las estrechas.

Cinturon de grandes cabos.

Se siguen llevando cinturones anchos y largos, iguales á los trages. Nuestro modelo es de tafetan negro; cada cabo tiene 74 centímetros de largo por 20 de ancho; el borde inferior es redondeado, las hojas del lazo son de 19 centímetros de ancho. Los adornos se componen de un sobrepuesto de rica pasamanería y de un fleco de 14 centímetros de largo.



CANESÚ FELICITÉ.

Flores de lana.

LA VIOLETA.

MATERIALES. —Lana céfiro violeta; la misma lana verde; cuentas doradas ó de acero.

Cada una de las cinco hojas de la violeta se hace por separado, como las hojas de la rosa, de la que recientemente nos ocupamos, pero sin emplear el pedazo de carton. Se toma una hebra de lana céfiro violeta, se la dispone en espiral prolongada, volviéndola dos ó tres veces al rededor de sí misma, se la atraviesa en cruz con una hebra de seda violeta muy fina; el dibujo de la violeta indica el tamaño de las hojas; la del medio de las tres inferiores es un poco mas larga que las otras. Para formar el corazon de la flor, se toma una cuenta dorada del n.° 8 ó 9, se pasa por ella un cabo de alambre, se tuercen sus dos extremos debajo de la cuenta, y en este sitio se coloca una borlita de lana verde, que se hace volver al rededor del alambre, se cosen las hojas de la flor á esta borla, y en seguida se rodean los cabos de alambre con lana verde.

Espiga.

MATERIALES.—Lana céfiro color amarillo maiz; seda blanca (con las cuales se hacen las raspas).

Los dibujos números 2, 3 y 4 indican la ejecucion de la espiga. Se cortan de la lana maiz tres hebras de 7 centímetros de largo, en medio de las cuales se coloca alambre fino rodeado de seda maiz (véase el dibujo n.° 3); se doblan y se tuercen los dos cabos del alambre, y despues se atan por cada lado las 3 hebras de lana (véase el dibujo número 4). 12 ó 15 granos componen la espiga; se los sujeta sobre un pedazo de alambre, empleando seda blanca sin torcer, y colocando junto á cada grano una larga seda blanca. Por último, se rodea el tallo con la lana maiz; las hojas largas se cortan de muselina fuertemente almidonada, que se pinta á

© Biblioteca Nacional de España

la aguada de color amarillo ó verde muy pálido.

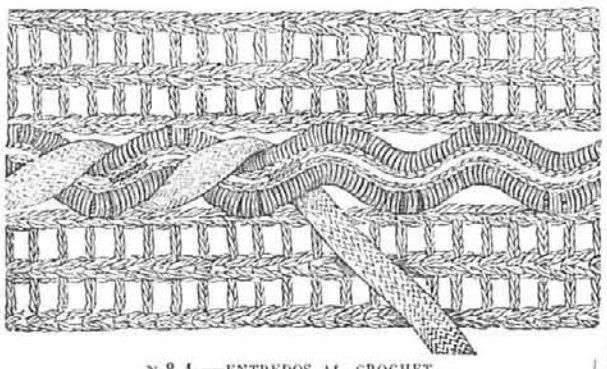
Margarita.

MATERIALES.—Lana céfiro blanca, seda amarilla, etc.

Vamos á explicar primero el corazon de la flor. Se puede ejecutar empleando dos métodos diferentes.

Primer método. Se corta en carton un disco (ó redondela) de tres cuartos de centímetro de diámetro; se le atraviesa dos veces por el medio, á distancia igual, con un pedazo de alambre fino, cuyos cabos deben quedar á un mismo lado; se tuercen juntos, y componen el tallo, se extiende una disolucion de goma arábiga sobre la cara superior del carton, y esta se polvorea con harina de avena, teñida de amarillo por medio de una disolucion de azafran, ó bien se cubre con lana amarilla cortada en pedacitos casi imperceptibles.

Segundo método.—Se toma un pedazo de alambre, se dobla uno de sus extremos de modo que forme un círculo de tres cuartos de centímetro de circunferencia; lo demás del alambre, doblado sobre sí mismo, forma el tallo, y exactamente encima de



N.º 1.—ENTREDOS AL CROCHET.

éste se coloca el circulito, el que se viste con seda amarilla ó lana fina, pasando de un extremo á otro como si se quisiera hacer un zurcido. Se envuelve el tallo con lana verde, y al rededor del corazon se coloca un fleco doble, hecho de lana blanca, y no recortado; este fleco se ejecuta con un molde que tenga 2 centímetros y medio ó 3 de circunferencia, el fleco se puede anudar con alambre ó con hilo blanco.

Terminaremos las explicaciones dadas, indicando diversos métodos para *montar* en el tallo las hojas de papel.

Primer método.—Se envuelve con papel verde de seda un pedazo de alambre mas largo que la hoja; *se cubre este papel con una disolucion espesa* de goma arábiga; se aprieta este tallo todo á lo largo de la hoja por su revés, y se deja secar.

Segundo método.—Se pone el alambre á lo largo de la hoja por el revés; se le sujeta pegándole por encima una tira de papel de seda verde, que tenga medio centímetro de ancho. Es menester apretar fuertemente el papel, luego dejarlo secar; se rodea en seguida con papel verde el cabo del alambre y el tallo de la hoja para formar el tallo definitivo. Al cortar las hojas, hay que dejarles un cabillo de un centímetro de largo por medio de ancho.

Tercer método.—Se toma un pedazo de alambre, se le dobla por su mitad, una parte de él se rodea con seda verde; se pica una aguja en la vena del medio de la hoja, á 2 centímetros de distancia de su borde inferior: se pasa uno de los extremos del alambre doble de modo que uno de los dos cabos caiga encima de la hoja y el otro debajo, sobre esto se pega un pedacito de papel verde. Este último método no puede emplearse para las hojas algo largas, porque no las sostendria lo bastante, y no permitiria doblarlas en la direccion que se quisiera.

Orla en esterilla.

Este dibujo servirá para guarnicion de trages, de talmas, de gabanes cortos iguales al

BERTA GABRIELA.

trage, para chal de cachemira, etc. Se le ejecuta con esterilla negra ó de color, con seda, con lana ó bien con terciopelo negro estrecho; esta orla conviene asimismo para vestidos de niños.

Entredoses al crochet, para guarnicion de colchas de niños, etc.

MATERIALES.—Algodon fino de hacer punto de aguja; cordon blanco de mediano grueso.

Entredos n.º 1.—Se hace una cadeneta con el número de puntos necesario para rodear el objeto que se quiere, y se trabaja en redondo, pero en vueltas cerradas y no en espiral.

1.ª *vuelta.*—* 8 bridas sobre los 8 primeros puntos de la cadeneta,—5 puntos en el aire, bajo los cuales se pasan 3 de la cadeneta. Vuélvase á empezar *desde* *.

2.ª *vuelta.*— * En cada una de las 4 bridas del medio de las 8, se hace una brida,—3 puntos en el aire,—1 sencillo puesto á caballo sobre los 5 en el aire de la vuelta anterior,—3 en el aire. Vuélvase á empezar desde *.

3.ª *vuelta.*—* Una brida sobre cada una de las 2 del medio de las 4 de la vuelta anterior,—3 puntos en el aire,—1 sencillo puesto á caballo en el primero de los 2 festones compuestos de puntos en el aire,—3 puntos en el aire,—1 sencillo sobre el 2.º feston,—3 en el aire. Vuélvase á empezar desde *.

4.ª *vuelta.*—Como la 2.ª

CINTURON.

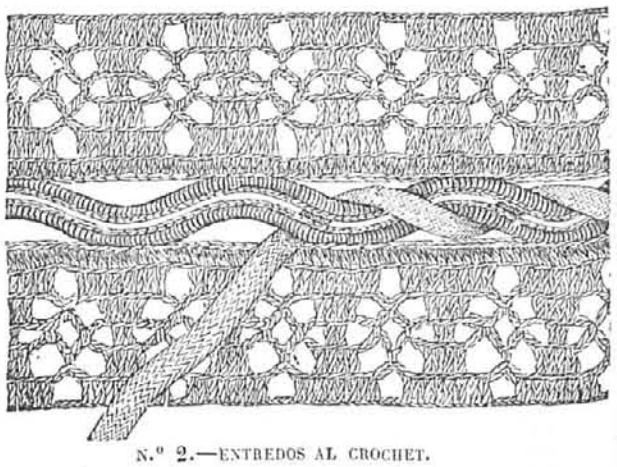
5.ª *vuelta.*—Como la 1.ª (véase el dibujo para colocar las bridas).

6.ª *vuelta.*—En cada punto uno sencillo.

7.ª *vuelta.*—En esta se forman los ojetes, y se trabaja sobre un cordon redondo de algodon de mediano grueso: se hacen *alternativamente*, * 10 puntos sencillos, excediendo en uno por cada lado 8 bridas del dibujo,—despues 15 puntos sencillos en el aire sobre el cordon; estos se aprietan cuanto sea posible; se pasan 2 puntos de la vuelta anterior, y se vuelve á empezar desde *.

Entredos n.º 2.—Exceptuando la vuelta de los ojetes, se hace este entredos atravesado de ida y vuelta; se forma una cadeneta de 9 puntos,—en la 1.ª vuelta se hacen, como primera brida, 3 puntos en el aire, despues una brida en el punto mas próximo de la cadeneta,—3 puntos en el aire, bajo los cuales se pasan 3 de la cadeneta,—*en el punto siguiente se hacen 2 bridas*, —3 puntos en el aire,—2 bridas en el último punto de la cadeneta.

2.ª *vuelta.*—3 puntos en el aire,—1 brida entre



N.º 2.—ENTREDOS AL CROCHET.

las 2 de la vuelta anterior,—3 puntos en el aire,—2 *bridas entre las 2 del medio de la vuelta anterior*, —3 puntos en el aire,—2 bridas entre las 2 últimas de la vuelta anterior.

Se repite sin cesar esta 2.ª vuelta, hasta que el entredos tenga un largo suficiente. Se pueden juntar los dos cabos en redondo antes de hacer el medio con ojetes. Este se ejecuta, como en el entredos n.º 1, sobre cordon redondo: se hacen los 10 puntos sencillos sobre el entredos, despues los 15 en el aire sobre el cordon, y bajo estos 15 se pasan unas tres vueltas del entredos, como lo indica el dibujo. Se reunen las dos partes de cada uno de los entredoses pasando por ellas (véase el dibujo), ya un cordon blanco plano, ya una cinta estrecha de color vivo de seda ó lana.

LA FORTUNA.

Hay dos fortunas.

La primera consiste en una combinacion feliz de circunstancias que nos proporcionan un bien inesperado. Misteriosa reunion de elementos que vienen á realizar repentinamente el mas ardiente de nuestros deseos.

Esta es la fortuna con que contaba César, casi la misma con que cuentan los jugadores de lotería.

Al volver Napoleon de Egipto no hizo mas que poner todo su dinero á un billete de la lotería moderna: contaba como César con la fortuna y le cayó: el premio era un imperio.

Esta fortuna no se satisface siempre con vencer todas las probabilidades, con reirse de todas las previsiones humanas, tiene además crueles extravagancias.

Newton habia interrogado mil veces al universo entero, habia repasado hoja por hoja todas las páginas de la creacion, buscando la existencia de una ley universal.

La tierra rodaba bajo sus piés, y las estrellas giraban sobre su cabeza: aquella vasta

© Biblioteca Nacional de España

inteligencia no alcanzaba á descifrar el geroglífico.

Mil veces su profunda observacion se fijaria en las tempestades del Océano. En él veria las olas levantarse, *sacudirse sus soberbias crestas como una* montaña movible, y hundirse una tras otra en los abismos de la mar.

De la misma manera las veria empinarse sobre las arenas de la orilla, cayendo tumultuosas y cubriendo de espuma el sonoro recinto de la playa.

Alguna vez Newton veria llover; alguna vez observaria esa cómoda propension que tiene el agua á caminar siempre cuesta abajo.

El gran Newton ¿no vió nunca rodar una piedra desde la cima de una montaña hasta el fondo de un valle? — Absorto en sus contemplaciones ¿no sintió alguna vez que el baston se le escapaba de entre las manos?

Sin embargo, la ley universal permanecia oculta á su penetrante mirada.

En vano fatigaba su poderosa inteligencia lanzando su escudriñador pensamiento por los brillantes espacios de la sabiduría.

El secreto se ocultaba con impertinente tenacidad entre las hojas de un arbusto.

Un dia fijó Newton en él sus ojos indiferentes, al mismo tiempo que una manzana se desprendió del tallo que la sostenia.

La naturaleza debió sonreirse al ver en aquel momento el asombro del sabio: la manzana cayendo perpendicularmente desde la copa del arbusto á los piés del grande hombre y rozándole *la punta de la nariz, le hizo la luminosa confidencia de la gra*vitacion universal.

¿Y no es esto un cruel capricho de la fortuna?

¿No es coronar de gloria al genio, al mismo tiempo que lo silba arrojándole al rostro una manzana?

¿Se puede reunir á la vez mas favor y mas desprecio?

Newton en aquel momento que nosotros no podemos comprender, debió bendecir su fortuna y maldecir su suerte.

Lo mismo que Adan al saborear las amargas dulzuras de aquella otra manzana, debió sentir á un mismo tiempo la soberbia y la vergüenza.

Pero la fortuna no tiene solamente crueles extravagancias, *tiene además terribles complacencias.* —A menudo se coloca sobre grandes desgracias, solo con el fin de quitar á las víctimas el derecho de ser compadecidas.

Veamos un caso.

Por desgracia el caso que voy á exponer es harto frecuente en Madrid. —No necesito mas que apuntarlo ligeramente, porque ¿quién no lo ha visto alguna vez?

La calle ó la plaza que ha de servir de escena á este drama es indiferente, porque de la misma manera es terrible sea el que quiera el sitio donde ocurra.

Se trata de un hombre elevado por su profesion *sobre un andamio á la altura del cuarto piso de* una casa cuya escalera no se ha hecho todavía.

Al verlo en tan alto puesto las gentes sencillas pasan exclamando con curiosa admiracion.

—¡Cómo habrá podido subir ese hombre!

Los que así exclaman ignoran que los albañiles no necesitan para elevarse esas escaleras sólidas y firmes por donde suben las gentes sencillas.

Si hojearan la *Guia de forasteros* allí sí que exclamarian á menudo:

—¡Cómo ha podido subir tanto este hombre!

El albañil de pié sobre la frágil tabla del andamio, se mueve delante del peligro con ese abandono que dá la costumbre: tiene el valor de su oficio.

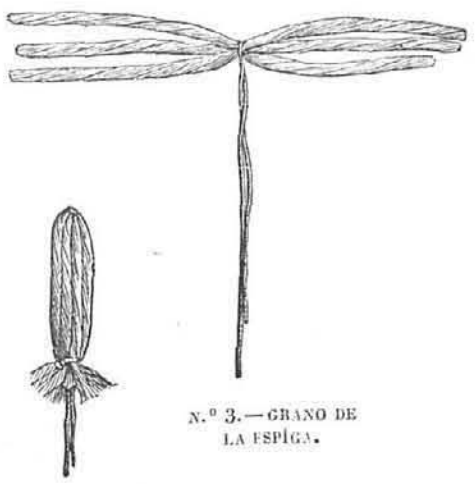
La obra está terminada y empieza á desatar las ligaduras del andamio. El extremo de una cuerda cogido en la juntura de dos tablas se *resiste* y *el albañil impacien*te tira con un esfuerzo mayor del necesario; la cuerda cede y el hombre arrastrado por su propio esfuerzo aparece en el aire.

Resuena en la calle un grito de horror lanzado á la vez por las bocas de todos los espectadores.

Ese grito es una palabra *profunda que solo se puede* encontrar en el diccionario de la naturaleza. Todas las academias reunidas no inventarán jamás la expresion propia de las grandes emociones. Los diccionarios de los términos medios de los afectos humanos.

El pobre albañil, arrastra-

N.º 1.—VIOLETA.

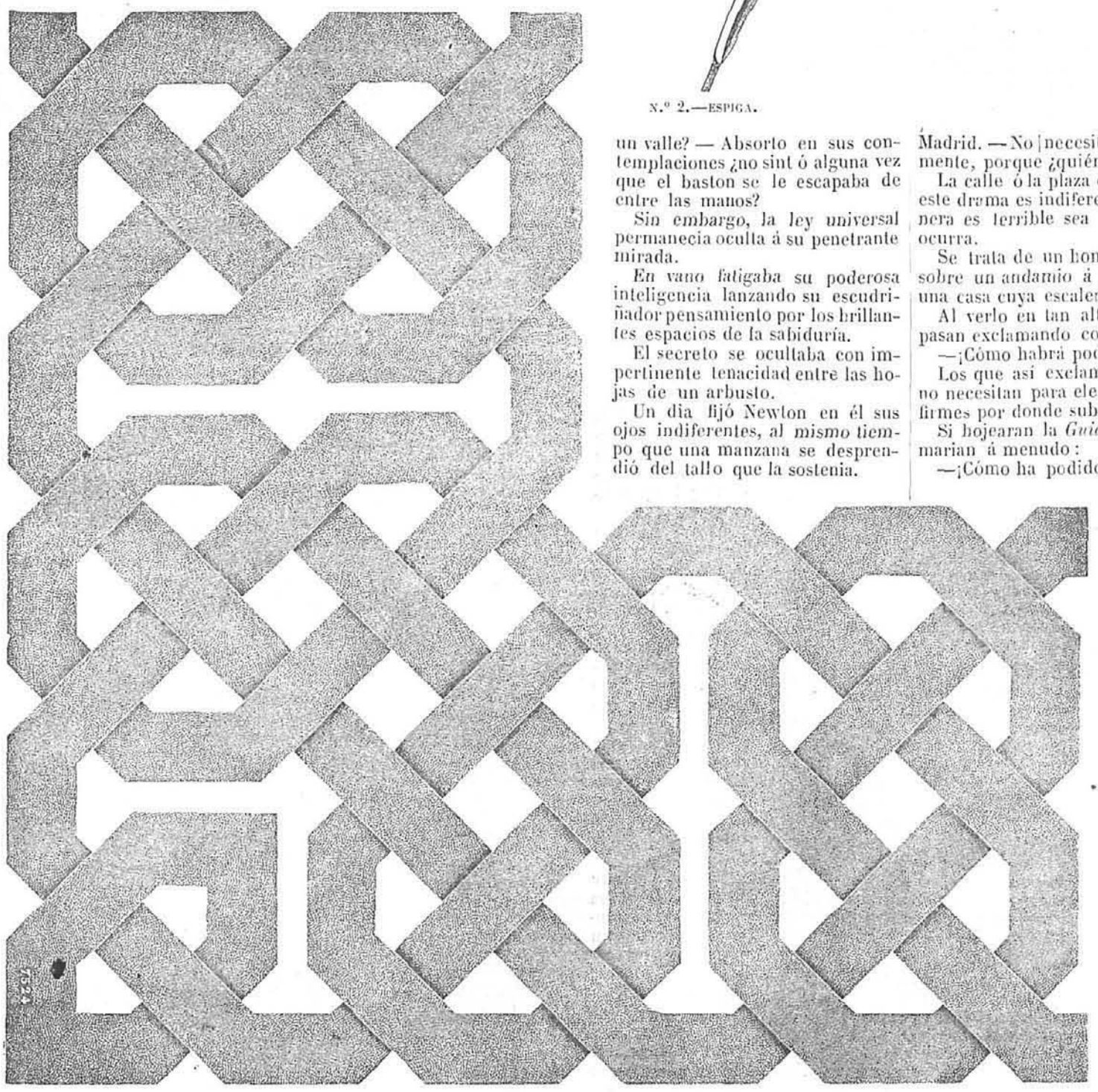


N.º 3.—GRANO DE LA ESPÍGA.

N.º 4.—GRANO TERMINADO.

N.º 2.—ESPIGA.

N.º 5.—MARGARITA.



ORLA EN ESTERILLA.

© Biblioteca Nacional de España

N.º 1.—PEINADO ANTIGUO.

N.º 1.—EL MISMO PEINADO MODERNO.

do por su peso, iba á estrellarse sobre las baldosas de la calle; pero ¡oh fortuna! la misma cuerda, que si se puede decir así, le habia empujado, se le ofrece al caer pendiente del andamio, se ase á ella y queda suspendido, meciéndose en el aire sobre las cabezas apiñadas de una multitud muda y curiosa, á una altura de sesenta piés.

El aspecto de la fortuna en esta ocasion no puede ser mas terrible. Aquella cuerda que es una esperanza de salvacion, tiene la horrible crueldad de crugir sordamente á cada balanceo que el peso del cuerpo imprime en ella.

En un momento *se disponen los medios* de sacarlo de tan angustiosa y afortunada situacion, pero el filo de la tabla sobre que se apoya la cuerda, la roza sin descanso y al fin la rompe.

Un nuevo grito que se confunde con el ruido del *cuerpo al estrellarse sobre las baldosas pone tér*mino á una escena que trasportada á un teatro se convertirá en una mina de oro.

La gente, pálida, aterrada, rodea á la víctima.

De repente el espanto se apacigua, un murmullo de satisfaccion circula, y el albañil se ofrece á la vista de todos, sentado sobre la acera con el rostro sereno y la cabeza sana. — La multitud prorumpe en esta exclamacion de alegría:

—¡Qué fortuna! se ha roto una pierna!

¿No es esto una terrible complacencia de la fortuna? ¿No es romperle á un hombre una pierna para que todo el mundo vaya á decirle: ¡qué fortuna!

¿Quién puede incurrir en la ridiculez de compadecer á un hombre que ha tenido la fortuna de romperse *una pierna*?

Si ese hombre hubiera tenido la desgracia de no caerse, ¿tendria ahora la *fortuna* de quedarse cojo?

Hay otra fortuna, que es moderna, fortuna que se hereda, que se hace, que se improvisa y que se malgasta.

Fortuna cuyo templo es la Bolsa: su vida la especulacion; su misterio, el negocio. Fortuna irresistible que al fin ha vencido á la otra fortuna.

La fortuna de César, de Napoleon, de Newton, la fortuna antigua ha tenido que refugiarse como sus únicos dominios al fondo de los sacos de donde salen los números premiados de las loterías.

Si fuera posible destapar los misteriosos aparatos sobre que se sostienen las mas flamantes fortunas, no veriamos una casual combinacion de circunstancias, *veriamos un mecanismo calculado*, previsto y dispuesto minuciosamente como la máquina de un relój.

César sembró su inteligencia, Newton su sabiduría, Napoleon su genio; lo demás lo hizo la fortuna.

La fortuna moderna no pide ni inteligencia, ni sabiduría, ni genio. Le pide al hombre su dignidad, su corazon, sus virtudes y su conciencia y le llena la casa de oro. Reclamo el testimonio de los jugadores. ¿Hay alguna combinacion de naipes, de dados, hay algun juego de suerte en que sea la fortuna la que reparte las pérdidas y las ganancias?

El que no sepa jugar es necesariamente un jugador sin fortuna: la habilidad ha vencido al azar.

Los dados caen segun como se echan, los naipes salen segun como se sacan.

Madrid es una mesa de juego: el que no salga arrastrando su conciencia, no alcanzará los favores de la fortuna.

El que quiere buscar á la fortuna que no impone ninguna *humillacion* no le queda mas recurso que jugar á la lotería.

Tú, lector, que debes ser un hombre de bien, no te fies de esas últimas palabras.

La fortuna que puedes buscar por medio de la lotería no te exige que vendas ninguna de tus virtudes, pero llevas una probabilidad contra treinta mil de que llegue un dia en que te haga vender la camisa.

Piensa bien en esto: si la camisa no es una de las virtudes, hay una virtud que no se puede tener sin camisa.

Tú eres honesto y me habrás comprendido.

Eres un desgraciado, no puedes salir en busca de la fortuna ni siquiera por el camino de la lotería.

Quiero consolarte con una verdad.

Pierde la vergüenza y tendrás fortuna. Al mismo tiempo hazme el favor de leer todo esto como si fuera una fortuna.

José SELGAS.

PEINADOS ANTIGUOS Y MODERNOS.

La moda se lanza en este momento á ensayos tan estravagantes en punto á peinados, que hemos juz-

N.º 2.—PEINADO ATENIENSE MODERNO.

N.º 2.—PEINADO ATENIENSE ANTIGUO.

© Biblioteca Nacional de España

gado útil publicar algunas muestras de peinados tomados de las cabezas griegas, y que por consiguiente recuerdan los tipos que se han reconocido como mas bellos.

Pero no nos bastaba ofrecer á nuestras lectoras una serie de combinaciones que ninguna ventaja práctica pudiera ofrecerles; hemos pensado, por tanto, el poner estos peinados en armonía con el gusto actual, sin destruir por eso su carácter distintivo. La empresa era delicada y reclamaba una aptitud especial, que no hubiera podido hallarse en todos los peluqueros. Mr. Croisat, tantas veces aquí citado, nos ha parecido que podria llenar este nuestro deseo, á causa de los considerables estudios que tiene hechos de todos los objetos que conciernen al peinado y que por eso lograria, respetando el carácter de los peinados antiguos, adaptarlos á los trages, á los gustos, á las costumbres de hoy. No tememos afirmar que el mas completo éxito ha coronado sus esfuerzos, y ponemos aquí todas las indicaciones que el mismo artista se ha servido comunicarnos para que la ejecucion de estos peinados sea lo mas fácil posible.

Peinado n.º 1.

Colocamos cada cabeza antigua frente al peinado moderno inspirado por él. Sus adornos se componen de una especie de tocado llamado mitra griega, bordada y de una diadema de pedreria; los cabellos de delante, de unos 60 centímetros de largo, están rizados sobre *horquillas ondulatrices* (pequeño modelo); la castaña se compone de un tapa-peine rizado, hecho de cabellos semi-largos. La cabellera se anuda detrás á la altura del ojo, y está dispuesta de modo que forme una gruesa coca caida hácia atrás, pero no excediendo de la linea de la oreja en la parte mas baja de esta. La dicha coca, rizada por debajo, ó lo que es mas saludable para el cabello, asegurada por un crepé postizo, es bastante sólida para sostener la mitra, cuyos cabos se vuelven adelante; los dichos cabos ó tiras se sujetan con un alfiler; se los dirige juntos hácia el lado izquierdo, se les vuelve á traer por encima, uno sobre otro, como si hubiera una tira sola. Se ha pasado antes un hilo al rededor de la mitra, y se la ajusta sin formar pliegues aparentes. La castaña se termina por el copo de bucles rizados de antemano, cuya armazon ó montura se esconde en el hueco de la coca.

Se sacan las horquillas ondulatrices que rizan los cabellos de delante, se forma con estos un crepé por abajo en todo su largo, se alisa un poco por el lado, se enrolla el mechon de modo que forme un ruló hueco, y despues se le hace serpear al rededor de la cabeza, fijando cada hueco ó entrada por medio de una horquillita doble que se pica en la tira y en la mitra. Cuando los dos lados se han terminado, se pone en la parte anterior de la cabeza una diadema ó una peineta larga.

N.º 2. Peinado ateniense.

Despues de haber atado los cabellos como en la figura 1, despues de haber trenzado una parte, y dispuesto en cocas la otra parte, se hacen, por delante, bandós lisos, sobre los cuales se ponen camafeos montados en forma de broche. La ancha tira que figura una especie de turbante, y que los griegos llamaban *calyptra*, es de tul, de crespon ó de seda bordada; se sujeta uno de sus cabos junto á la atadura de los cabellos; se dirige la tira adelante de izquierda á derecha, despues se trae la trenza hácia adelante; se vuelve á tomar la tira, y para formar la segunda vuelta, se la despliega en todo su ancho; por detrás se le añade un copo de cabellos rizados.

La trenza, que forma esterilla, se hace de cinco cabos; las griegas trenzaban su cabello lo mismo que se trenzan los cabos de un látigo.

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

TRAGE DE CRESPON BLANCO, *guarnecido con cinco volantes festoneados de lana malva*; sobre el último volante (el de arriba) corre una tira de raso malva, con adornos de cinta de terciopelo negro. Corpiño escotado, berta compuesta de una banda de raso malva, cruzada por delante, terminando en punta bajo el brazo izquierdo, y continuando en el lado derecho ensanchandose hácia abajo. Esta banda, adornada de terciopelo negro, lleva por orla un volante *de crespon blanco, festoneado de lana malva. Peinado con azaleas color malva.*

VESTIDO DE SEÑORITA.—Trage de tarlatana blanca; lo bajo de la enagua está guarnecido con dos volantes (de 9 á 8 centímetros de alto), puestos seguidos; sobre ellos corre un tercer volante que se levanta un poco por uno y otro lado, y en el hueco que forma, se deja ver un pedacito de volante colocado en este sitio; otro volante (que es el cuarto), que lleva encima una tira de tafetan azul, cubierta por seis cintas estrechas de terciopelo negro, describe una especie de delantal, que sube hasta el talle; este volante y su tira continúa por los lados y por detrás, *siguiendo siempre la forma del volante anterior. Corpiño con draperia; coselete de tafetan azul*, adornado con terciopelo negro; mangas muy cortas; ramillete del corpiño y guirnalda de flor de acerolo.

BALADA.

I.

El simoun ajita en su carrera las arenas del desierto de Sahara.

Ni la mas ligera nube entolda la abrasada zona.
El horizonte no tiene límites.
La vegetacion no brota en aquel terreno movedizo.
Las aves no tienden sus alas por aquel inmenso espacio.
La distancia parece acrecentarse cuanto mas se avanza.
Una caravana de árabes atraviesa el desierto.
Los camellos están rendidos; los hombres aniquilados.
No pueden proseguir.
Algunos esclavos levantan el aduar para guarecerse de los rayos del Sol.
La sed los devora: los odres contienen poca agua, y además, el que la bebiese moriria en el acto.

II.

Fatigados y casi moribundos los árabes se recuestan sobre sus pieles de leopardo.
La desesperacion descomponen sus bronceadas facciones.
Sus ojos miden con fiereza el ilimitado arenal.
No tienen guia: la sed le ha muerto.
Qué harán?
Esperar.

III.

El hombre espera en el borde de la tumba.
Uno de ellos, el jóven Alí Samuel, arranca de su frente el blanco turbante para orear con él su tostado rostro.
Su rojo alquicel hace resaltar lo varonil de su fisonomía.
Negros son sus ojos como el azabache bruñido.
Lacios y lustrosos sus cabellos como el ala del cuervo.
Rojos sus labios como la flor del granado.
Su talle es recto como las palmas de su pátria.
Su nariz lijeramente encorvada presta á su semblante la altaneria del águila.
¡Qué hermoso es! su acento aduerme al alma en májico desmayo.
Su mirada deslumbrante avasalla el corazon.
Su apostura y valentia convierten en inferiores á sus iguales. Qué noble es!
Cuanta donosura en su réjio ademan.
Su cuerpo es como el templado acero, flexible y fuerte á la vez.
Su grito de guerra es el rujido del leon.
Su acento de amor, el gorjeo del ave azul de las selvas.
¡Qué hermoso es!
Y ¿de qué vale su hermosura sin rival? De qué su gallardia?
¿Qué importa yá á los creyentes su grito de guerra?
¿Qué sarracena escuchara ahora su acento de amor?
Pobre Alí! Qué te vale tu poder? Vas á morir, y tu tumba será la arena de Sahara...
Tu cuerpo jentil será juguete del simoun.
No tendrás en tu sepulcro flores, y alcuzcuz.
Tampoco taza de blanco mármol, donde beber las africanas golondrinas.

© Biblioteca Nacional de España

No vendrán las huries á refrescar el ambiente de tu sepultura con su abanico formado de plumas de colibri.

IV.

Alí cruza los brazos sobre el pecho y con los ojos vueltos al oriente invoca al gran Alá.

Dice con voz quebrantada. ¡Oh tú, Alá, padre de los creyentes, torna tus ojos á mí!

Mándanos tu lluvia sagrada de cigarras.

Nuestros odres están sin agua. Nuestros camellos no pueden suministrarla porque ya están esplotados.

Nuestro aduar será bien pronto destrozado por el soplo del mal genio. Qué hacer pues? Danos una muestra de tu poder.

El tiempo, pasa, Alá no le escucha...

Algunas horas mas y todos habrán perecido.

V.

Alí, casi espirante siente que la sangre hierve en sus venas.

Despues su corazon se paraliza. Su lengua no puede apenas articular.

Su razon se ofusca y le parece escuchar palabras misteriosas. Un nombre sublime se presenta á su memoria. María!

Recuerda haberle oido en los labios de una esclava nazarena al invocar su patrocinio.

Alí, ama á la cristiana: involuntariamente se escapan estas palabras de sus labios espirantes.

María, tu nombre es bendito segun dicen los cristianos, tú que escuchas al que te llama, ven á mí.

Gacela dulcísima de los ojos suaves, ven á mí.

Rosa blanca de los nazarenos, ven á mí.

Paloma azul del quinto Cielo, ven á mí. Si tu voz es tan poderosa intercede por mí. Si tus ojos son tan brillantes oscurezcan el sol que me abrasa. Si lágrimas viertes por el que sufre, derrama una perla de tus ojos en mi boca sedienta.

María, estrella de mi cristiana adorada, ven á mí.

Dijo, y calló.

VI.

Ya no habla; espera y una sonrisa amarga contrae su boca de clavel.

María lo escuchó.

Una caravana salvadora se columbra á lo lejos.

Los que poco antes parecian moribundos, por una fuerza galvánica se arrodillan en la arena y un grito inmenso la saludó.

La cararana avanzaba, avanzaba.

Llegó.

VII.

Un misionero europeo recorria el desierto con el auxilio de sus convertidos.

Llevaba la salvacion al cuerpo, y al alma. Infinidad de camellos cargaban agua y alimentos. Continuamente era la conversion el premio de sus afanes.

Los árabes fueron conducidos en los camellos.

El agua volvió sus fuerzas á Alí.

Una lágrima brillante resbala de sus ojos de fuego y humedeció la mano débil del misionero que le ayudaba á incorporar y le señalaba al Cielo pronunciando el santo nombre de Dios.

Se alejan, salvos están.

VIII.

Poco tiempo despues, tres personas visitan el santo sepulcro.

Uno es un misionero de cabellos blancos.

Otro es Alí el convertido de María.

La tercera es una jóven de semblante ideal, la divina nazarena.

Qué bello grupo!

El anciano, símbolo de los mártires de la religion.

Alí, el bello neófito que doblega su arrojante cabeza ante el altar de la fe.

María, la tímida doncella que eleva sus ojos seráficos al cielo y es la dulce mediadora entre Dios y el amor.

Quién te dijera Alí, que al desprender el turbante para orear tu frente dabas la señal de tu conversion?

Quién te dijera ayer, que la que fué tu esclava seria hoy tu dueña, tu compañera?

Quién te dijera á tí, el moro mas aguerrido, el jóven invencible que un ministro del Dios de los cristianos, viejo, débil, fatigado, seria el que te conduciria al camino espinoso y sublime de la verdadera religion?

María te escuchó.

Sí.

Ella vela siempre lo mismo por el fiel cristiano que la invoca en su templo que por el errante árabe que la llama en el desierto.

El Sol alumbra toda la extension del mundo.

Ella, Sol divino de la gloria, escucha y envia sus rayos á todas las criaturas si el labio que la llama es fervoroso, y cual bálsamo divino envia la esperanza á nuestro corazon.

VICTORINA R. Y MAZZINI DE DOMINGUEZ.

PERIQUITO ENTRE ELLAS.

I.

—Una, dos, tres, cuatro, cinco,
seis, siete, ocho, nueve, diez.
Anda, las diez de la noche
y aun está ese Lucifer
de Periquito en... Dios sabe,
Dios sabe dónde estará él!
Si me ha de matar este hijo!
si no le puedo traer
á mandamiento! si rabia
por las muchachas! si es
de la misma piel del diablo!...
Pero ahí lo tenemos. ¿Quién?
—Abra usted, madre.
—Que te abra?
En canal debiera ser!
Qué horitas de recogerse!
Hijo, te portas muy bien!
Como hay Dios, te ha aprovechado
el sermoncito de ayer!
¡Ah si viera estos desórdenes
tu padre que en gloria esté!
—Mi padre cuando era jóven...
seria jóven tambien.
—Calla, condenado calla,
y no me hagas mas perder
la paciencia! Cuarenta años
casada estuve con él,
y nunca se reco ió
despues del anochecer.
A la oracion, á casita,
á cenar, poco despues,
tras de la cena, el rosario
y á la camita, á las diez.
—Pues es claro, los casados
tienen en casa su aquel,
y uno tiene que buscárselas
donde Dios le dá á entender.
—Hijo, eres incorregible!
Habrás estado tambien
esta noche de cortejo,
no es verdad?
—Pues ya se vé
que he estado.
—Por las muchachas
en presidio te has de ver,
—Si hay muchachas en presidio,
bien haya el presidio amen!
—Hijo, sienta esa cabeza.
—Madre, no se canse usted:
«contra veneno, triaca,
agua fresca, cuando hay sed,
para las sardinas, vino,
para el hombre, la mujer.»

II.

—Dónde has estado esta noche?
—Esta noche? Diré usted:
Primero, á ver á la Pepa,
luego, á ver á la Isabel,
despues, á ver á la Antonia,
despues á ver á la Inés,
despues, á ver...
—Al demontre
que cargue contigo, amen.
Dios me perdone, que sois
capaces de hacer perder
la paciencia á un santo!
—Madre,
para contentarla á usted
trigo aquí un moscatelillo
que está diciendo bebed.
—Anda, zalamero, anda,
que al cabo siempre has de hacer
tu gusto! Cenemos, hijo.
—Pruebe usted el moscatel
para hacer boca.
—Clan, clan...
—Qué tal?
—Un almíbar es!
—Muchas noches le traeria,
pero si no puede ser
venir á casa temprano
yendo tan lejos por él.
—Si no vienes á las nueve,
anda, vendrás á las diez...
De las cosas regulares
yo nunca me apartaré.
—Si siempre está usted gruñendo...
—Gruño porque no está bien
que un jóven como Dios manda
toda la noche se esté
por ahí haciendo carocas
á... sabe el Señor á quién!
—A unas chicas mas saladas
que estas sardinas. La Inés
tienes unos ojos... ¡qué ojos!
la Isabel un pié... ¡qué pié!
la Antonia un pelo... ¡qué pelo!
la Pepa, un aquel... ¡qué aquel!
—Calla, condenado, calla!
—Madre, no se canse usted:
«Contra veneno, triaca,
agua fresca, cuando hay sed,
para las sardinas, vino,
para el hombre, la mujer.»

III.

—Mal año para tus coplas
y tus muchachas tambien,
se me vá á volver veneno
lo que acabo de beber!
—Contra veneno, triaca,
y si no hay, moscatel.
Arriba, madre!
—Clan, clan,
clan, clan.. Este Lucifer
de chico me vá á achispar...
Bendito sea Noé;
como me engatusa este hijo
con sus dedadas de miel!
Vaya, si es lo mas jitano
que ha nacido de mujer!
Ya se vé, así las muchachas
se prevarican por él.
—Cá! por mí prevaricarse
las muchachas!... Yo soy quien
me prevarico por ellas,
y aun así no puedo hacer
que me quieran.
—Es posible?
Qué escucho, Dios de Israel!
Con que no te quieren?
—Cá!...
—Las tontas, las... Mire usted
las mocosas, las... Sin duda
buscarán algun marqués.
Con un canto en los hocicos
se dieran porque una vez
las miraras tú á la cara...
—Pues las he mirado cien
y no se dán.
—Vanidosas,
que no tienen sobre qué
caerse muertas, ni valen
dos cuartos, ni hartas se ven...
—Pero qué está usté ahí hablando
si no las conoce usted?
—En donde encontrarán ellas
otro mas hombre de bien,
ni mas hábil, ni mas guapo
que mi chico, aunque me esté
mal el decirlo! Echalas
todas noramala!
—Eso es,
y luego andaré por áhí
hecho un tonto, sin saber
con quien juntarme.
—No tienes
amigos?
—Pues ya se vé
que los tengo, pero... madre,
pan con pan no sabe bien;
entre faldas he nacido
y entre faldas moriré,
con que así no hay que cansarse...
—¡Ah maldito de cocer!
tú me has de quitar la vida!
—Madre, no se canse usted;
para veneno, triaca,
agua fresca, cuando hay sed,
para la sardinas, vino,
para el hombre, la mujer.»

IV.

—Madre, otro trago.
—Tú estás
empecatado! No ves
que he bebido cinco ya?
—Con uno mas serán seis.
Sobre chispa mas ó menos.
—Pues venga, no creas que es
desprecio. Clan, clan, clan, clan...
Cómo se deja beber
el pícaro! Y que se sube
á la cabeza...
—Ande usted,
que estando la cama cerca
la chispa no es de temer.
—Calla, ha parido la gata?
—La gata?
—Sí. Para qué
has encendido otra vela?
—(Ya hizo efecto el moscatel.)
Toma, para que usted vaya
á acostarse.
—Pues me iré.
Con que... buenas noches, hijo.
—Madre, que usted duerma bien.
Qué es eso?
—Es que he tropezado...
con esta infame pared.
—Pues señor, viva la Pepa
y vivan tambien la Inés,
y la Joaquina, y la Antonia,
y la Petra, y la Isabel,
y la... todas las muchachas
por siempre jamás amen!
Para que vendo esas chicas
al baile de Lavapiés
esta noche, Periquillo

© Biblioteca Nacional de España

no fuera al baile tambien!
Ya está roncando la abuela
y aunque le arranquen la piel
se está durmiendo la turca
hasta mañana á las diez.
Ea, busquemos la llave
y apretemos á correr,
que me voy á divertir
esta noche á *tutiplen*.
Me muero por las muchachas.
y... canario es menester
ser uno de pedernal
para no quererlas bien,
porque las muchachas tienen
mucha sal, y mucho aquel
y por mas que me prediquen
yo á la cop a me atendré:
«contra veneno, triaca,
agua fresca, cuando hay sed,
para las sardinas, vino,
para el hombre, la mujer.»

ANTONIO DE TRUEBA.

CREO EN DIOS.

CUENTO DE COLOR DE ROSA.

POR

DON ANTONIO DE TRUEBA.

I.

Todavía con los ojos húmedos y el corazon agitado por las emociones que habia experimentado al penetrar en el hogar paterno tras una ausencia de mas de veinte años, dejé la aldea nativa una tarde del mes de Setiembre de 1859 y me dirijí á un valle cercano, lleno para mí de dulces memorias como todos los de las nobilísimas Encartaciones.

En el valle á donde me dirigia hay una ermita consagrada á la Vírgen de la Consolacion, y aquella ermita encerraba para mí recuerdos muy santos, porque mi madre encontraba allí consuelo en sus grandes aflicciones, y mas de una vez me llevó asido de la mano al pié del altar de la Vírgen que yo, viéndola con un niño en brazos y no comprendiendo aun los misterios de la religion, amaba mas por lo que tenia de madre que por lo que tenia de santa.

Queria yo rejuvenecer aquellos santos recuerdos y dar gracias en aquel humilde templo á la Madre de Dios, á cuya intercesion creia deber el haber vuelto á sentarme en el hogar de mis padres, el haber rezado y llorado sobre la sepultura de mi madre y el haber vuelto á postrarme en el *templo donde recibí* el bautismo.

No trataré de pintar aquí lo que sintió mi corazon cuando penetré en la ermita y cuando doblé la rodilla sobre aquella misma grada donde mi madre la dobló tantas veces llorando de fe y de consuelo, porque todas estas impresiones, todas estas dulces y santas agitaciones de mi alma *están escritas con lágrimas en un libro* que tal vez nunca se publicará.

La ermita estaba mas blanca, mas limpia, mas engalanada, mas jóven que yo la habia dejado.

Así que recé y pasé una hora ante el altar confundiendo en mi pensamiento la idea de Dios con los recuerdos de mi infancia, salí al pórtico de la ermita donde sentado en un poyo de piedra, se hallaba un anciano que me habia facilitado la entrada en el templo.

Eran muy oscuros los recuerdos que yo conservaba de la generalidad de las cosas y las personas del valle, y tenia verdadera ansia de esclarecerlos, porque nunca sabré pintar, Dios mio, el dolor que me causaba, al volver á los valles natales, el verme entre gentes desconocidas, que desconocidas eran ya para mí las que poblaban aquellos sitios cuyo aspecto, fijo siempre en mi memoria durante tantos años, en nada habian variado á mis ojos.

Una tarde, al llegar á mi aldea, cuando me ví rodeado de gentes casi todas desconocidas, mis ojos se arrasaron en lágrimas.

—¿Qué tienes, hijo mio? me preguntó mi padre conociendo que mis lágrimas eran las del dolor mas bien que las del enternecimiento.

—¡Dónde están, Dios mio, exclamé, todos aquellos que yo dejé aquí!

Y mi padre indicándome con la vista el camposanto que estaba á cien pasos de nosotros, bajo los fresnos que rodean la iglesia, me dijo derramando una lágrima sobre mi cabeza, que oprimió contra su pecho:

—¡Allí están, hijo mio!

Las lágrimas afluyeron entonces con mas abundancia á mis ojos, y el pobre anciano, procurando velar su dolor con una sonrisa, se apresuró á añadir:

—¿Qué, hijo, eres tú tambien de los que en papel son una cosa y en carne y hueso otra? Los *Cuentos de color de rosa* que te han precedido nos han dicho que aceptabas la vida tal como la ha hecho Dios, y no es justo que vengas á dejarlos por embusteros.

—¡Padre, tiene Vd. razon! contesté; pero desde que á esos cuentos confié lo que sentia mi corazon, muchos dolores y muchos desengaños han traido el desengaño á mi pecho y la tristeza á mi alma!

—¡Hijo, bienaventurados los que creen, y bienaventurados los que lloran!

Desde el fondo de mi corazon dí gracias á Dios porque me habia colocado en el número de los que lloran y creen, y la resignacion no volvió á desamparar mi alma.

Deseando esclarecer mis oscuros recuerdos de los valles que recorrí en mi infancia, me senté al lado del anciano, á quien empezé á interrogar.

—¿Quién vive ahora en esa casa? le pregunté indicando una grande y hermosa, aunque antigua, que está frente de la ermita.

—Vive Diego de Salcedo.

—¿Salcedo? En mi niñez los de ese apellido vivian en en esta otra casa.

La otra casa á que yo aludia existia aun al lado de la grande, de la que solo le separaba un cercado.

—Tiene Vd. razon, me contestó el anciano, y á fé que la mudanza de Diego á la casa grande es una historia que contada con pelos y señales vale tanto como las que sacan Vds. los que componen libros.

—¿Y la sabe Vd?

—Como el padre nuestro.

—Cuanto le estimaria á Vd. que me la contase!

—*Pues se la contaré á Vd. como Dios me dé á entender*, pero antes permítame Vd. entrar á echar aceite á la lámpara de la Vírgen, porque se está apagando, y si la señora mayordoma la viera apagada creeria que se iba á apagar tambien la lámpara de la dicha que alumbra su casa.

—¿Con que tanto se interesa la mayordoma por la ermita?

—Todo lo que se diga es poco, y á fé que motivos tiene para ello.

—¿Qué, tenemos otra historia?

—No señor: la historia de Diego y la de la mayordoma es una misma, como ahora verá Vd.

El anciano entró á arreglar la lámpara, cerró la ermita y volvió á sentarse á mi lado.

Dí un hermoso cigarro habano al que me iba á dar una historia (generosidad que no tienen todos los editores de Madrid), encendí yo otro, y chupa que chupa narrador y oyente, narró el primero y oyó el segundo lo que á continuacion hallará el que leyere.

II.

Juan de Salcedo y su mujer Agustina eran muy amigos mios.

Yo vivia en aquella caseria que vé V. allá arriba, en los rebollares, y cuando bajaba á misa los dias de fiesta, Juan y su mujer me embargaban hasta la caida de la tarde, *porque el mayor gusto que podia darles era quedarme á comer con ellos y su hijo Diego.*

Cuando se murió el pobre Juan, su mujer y su hijo Diego tenian aun mas afan que antes por tenerme á su lado, porque ya sabe V. que cuando uno está mas triste tiene mas deseo de verse rodeado de verdaderos amigos.

Diego, cuando murió su padre, era un bigardo que *nunca habia pensado mas que en diabluras, aunque* tenia ya diez y seis años; pero viendo que su madre á quien queria mucho, no tenia ya mas amparo ni ayuda que él, arrimó el hombro al trabajo y se hizo tan hombre de bien, que ni las cosechas disminuyeron ni en la familia hubo un quítame allá esas pajas.

La pobre Agustina estaba chocha con su hijo, y siempre *que me veia me decia llorando de gozo:*

—¡Ay, Antonio, qué hijo tan bueno me ha dado Dios! Si mi difunto, que está en la gloria, levantara la cabeza y viera como se porta mi Diego, lloraria de alegria como yo. No en vano pedí á la Vírgen Santísima de la Consolacion cuando Dios se llevó á Juan que hiciera á mi hijo tan hombre de bien y tan trabajador como su padre.

—¿Vé V. aquella hermosa solana (1) que tiene la casa de los Salcedos sobre la huerta? Ahora ya se le vá cayendo la hoja á las parras que esquilan (2) á ella, pero en el verano, cuando las parras están en la fuerza de su verdor ni un rayo de sol penetra en la solana.

Allí, á aquella deliciosa sombra donde el viento de la mar que empieza á levantarse antes de medio dia, soplaba mansamente impregnándose del aroma de las flores y las frutas de la huerta, ponia Agustina la mesa en los dias calorosos de verano cuando me tenia de convidado.

Despues que comiamos y reiamos y charlábamos. Agustina se dedicaba á los quehaceres de su casa para terminarlos antes de bajar á las tres al rosario, que todas las tardes de los dias festivos se reza en la ermita, y Diego y yo bajábamos á la huerta por la escalerilla de la solana á pasear hasta la hora del rosario, cogiendo aquí una flor allá un ramo de guindas, mas allá una ciruela, en el otro lado un melocoton.

A mí me gustaba mucho pasear por la huerta, pero á Diego le gustaba aun mucho mas, y mas de una vez noté que Agustina se sonreia maliciosamente al ver á su hijo impaciente por bajar.

En la casa grande vivia un caballero llamado D. Rafael *Ortiz, con su hija Ascension, que tenia por entonces* de quince á diez y seis años.

D. Rafael salió niño de las Encartaciones, y despues de haber pasado mas de veinte años en Francia, ó no sé dónde, volviendo aquí bastante rico, diciendo que estaba decidido á pasar el resto de su vida en la casa grande, que era la de sus padres, y en donde él habia nacido.

Sus padres habian muerto hacia tiempo.

Algunos meses despues de su venida D. Rafael se casó con una muchacha, aunque pobre, guapa y honrada; pero su mujer se murió de sobreparto y D. Rafael se volvió á encontrar sin mas familia que una niña recien nacida.

Ascension, que así se llamaba la niña, se crió muy hermosa, gracias á que Agustina, que acababa de destetar á su hijo Diego, la sirvió de aña, (1) criándola con tanto cariño y tanto cuidado como habia criado á su hijo.

Don Rafael no era mal sujeto; pero en lo tocante á religion tenia unas ideas muy picaras. Dios se lo haya perdonado. *Yo creo que si trataba con dureza á los pobres*, si no le gustaban los niños, si no se resignaba con los trabajos que le daba Dios, si no se regocijaba al ver los bosques cubrirse de hojas y á los campos cubrirse de flores, si en fin, no sentia en el corazon esto que yo no sé explicar, que todos los que somos como Dios manda sentimos, y que consiste en arrasársenos los ojos en lágrimas de alegría ó de dolor, ante la dicha ó la desdicha agena, era sin duda porque no creia en Dios.

—¡Oh, qué desventurado era ese hombre! exclamé al llegar aquí el anciano.

—Sí, muy desventurado era, continuó éste.

Aquí le llamaban por mal nombre el Judío; pero los judíos son mas dichosos que él era, porque al fin, aunque crean un error, creen algo, y el pobre D. Rafael nada creia.

—¿Pero era completamente ateo? ¿No creia en Dios? ¿Era materialista?

—Déjeme V. *contarle la conversacion* que un dia tuve con él, y por sus palabras colegirá V. lo que era.

Celebrábase la fiesta de la Vírgen de la Consolacion, y todo este campo estaba ya lleno de gente que venia á la romería.

La ermita parecia un ascua de oro con las luces que alumbraban, y un jardin con las flores que adornaban su pavimento y su altar.

Yo, como de costumbre, me quedé á comer en casa de Agustina, y, como de costumbre, bajamos despues de comer Diego y yo á dar un paseo por la huerta.

El terreno que media entre la casa grande y la de los Salcedos estaba dividido por una estacada, de modo que la pieza que daba al lado de la casa grande era la huerta de Agustina.

D. Rafael y Ascensita, que así llamaban á su hija, bajaban como nosotros á dar un paseo por la huerta despues de comer, y no habia tarde que Diego no regalase alguna fruta y alguna flor á su hermana de leche, y la niña no le correspondiese con fineza parecida.

Por esto sin duda se sonreia maliciosamente Agustina cuando Diego se *mostraba impaciente por bajar á la* huerta.

D. Rafael traia riquísimo tabaco cuando iba á Bilbao á cobrar la mesada en la casa de comercio donde tenia colocado su capital, y como sabia que yo soy fumador de ley, así que me veia en la huerta decia:

—Antonio ¿no quieres una pipada? Mira que en la abacería *no* hay de este tabaco.

(1) Especie de mirador ó balcon grande.
(2) Trepan.

1 Nodriza.

© Biblioteca Nacional de España

—¿No he de querer, señor D. Rafael? contestaba yo. El español que fuma y rehusa un cigarro ó una pipada, no es español legítimo.

Y mientras nosotros tratábamos de si el tabaco era asi ó asao, Diego y Ascensita seguian por la estacada adelante hablando de la fruta y de las flores y riendo como locos.

El dia de la Consolacion D. Rafael no quiso limitar su obsequio á una pipada de tabaco.

—Vais á subir á casa, nos dijo, á tomar una copita de un vino generoso que sin duda fué aquel con que Jesus resucitó á Lázaro.

A la *verdad no me gustó la comparacion* y *menos en* boca de D. Rafael, pero Diego y yo contestamos alegremente:

—Pues vamos allá, que no vendrá mal para quitar el el agriecillo del chacolí que hemos bebido en casa.

Todos subimos á la casa grande por una escalerilla, como la de los Salcedos, tenia por el lado de la huerta.

Ascensita, muy contenta al vernos en su casa, se encargó de escanciarnos á cada uno su copa de vino generoso, que en efecto era lo que habia que beber, y en seguida nos fuimos los cuatro al balcon para ver desde allí la romería.

Como el balcon de la casa grande está frente por frente de aquí, veiamos desde allí el altar lo mismo que si estuviéramos dentro de la ermita.

Mujeres y hombres rezaban al pié del altar de la Vírgen y salian luego con la alegría y el consuelo en el corazon y las lágrimas en los ojos.

Diego y yo contemplábamos con emocion la fé de aquellas gentes, y D. Rafael, aunque guardaba silencio, se mofaba de ellas y quizá tambien de nosotros con una sonrisa que yo comprendí al momento, porque sabia muy bien de qué pié cojeaba D. Rafael.

(Se continuará.)

La poblacion de Cádiz es muy dada á emigraciones, y quizá no hay pueblo en toda España que con mas facilidad abandone sus lares. Para hacerlo no necesita mas que un pretesto, cualquiera que él sea. Llega la Semana Santa, y á Sevilla con todo el hato y todas las galas que hay en casa; los trenes se hinchen, las locomotoras no bastan á arrastrar tanta gente y tantos equipajes, la empresa del ferro-carril sonríe de placer contando napoleones y centines, la viaque esplota es en tales dias una verdadera California. Pasa la Semana Santa y asoma en el horizonte la féria de Sevilla: vuelta allá para que no tengan que contarnos nada. Pero Mayo comienza á levantar la cabeza: es preciso no perder la féria de Puerto Real. ¿Qué diria el pozo de Carretones si viese que en las alamedas que preside faltaba alguno de los miembros femeninos de la elegante sociedad gaditana? Es forzoso ir á aquellos bailes, es imprescindible el ponerse á riesgo de tropezar siquiera sea con el testuz de un toro de cuerda, lo demás fuera una desgracia, fuera despojarse del mejor atributo de la elegancia. La féria termina, y es de toda fórmula el quedarse de temporada en el mismo Puerto Real, donde las familias permanecen toda la primavera cuando menos, mientras que los hombres de ellas, imposibilitados de abandonar sus negocios, vienen y van todos los dias, lo cual proporciona una muy bonita entrada á la empresa del ferro-carril, que por eso mismo ha suprimido los abonos mensuales autorizados por la anterior, dejando solo los billetes de ida y vuelta en los dias comunes, pero no en los extraordinarios. Por Córpus es de rigor volverse á Cádiz, aunque sea por algunos dias, pero al cabo se vuelve. Los que han vuelto, se marchan por lo comun de nuevo allá á pasar el otoño; todo ello sin perjuicio de que los que se fueron y los que se quedaron hagan sus forzosas escursiones al Puerto en los dia de toros, y en especial por San Juan y San Pedro, amen de sus entradas y salidas en los dias de la féria de Agosto en este mismo punto. En noviembre es cuando puede decirse que Cádiz se vuelve á Cádiz, donde permanece tres ó cuatro meses por junto. No merece esto apenas el trabajo de deshacer las maletas, y por eso la mayor parte de las familias emigrantes conservan casa en Puerto Real.

Se nos han ocurrido estas observaciones con motivo de la pasada Semana Santa, una de las épocas de emigracion mas abundante. Sevilla conserva, aumenta y perfecciona sus procesiones, cuya fama es tradicional. Hace bien; pero falta saber si nosotros hariamos bien en querer imitarla en este punto. Las copias no pueden llegar á ser lo que es el original, y es de temer que aunque Cádiz lograse variar sus costumbres hasta el punto de conseguir á organizar muchas y muy suntuosas procesiones, no alcanzaria con esto el resultado que se propusiera, ni se impediria que las personas que hoy van á aquella capital dejaran de hacerlo; porque, ya lo hemos dicho, el viajar, el salir de su pueblo, el variar de objetos, son para Cádiz alicientes poderosísimos: esto está en su índole, en su costumbre, esto es de moda. Se entiende que no hablamos aquí de la poblacion entera, sino de aquella parte que puede hacer lo que quiere, porque la masa comun, como en todas partes, no hace sino lo que puede.

Deciamos que en Cádiz no hay procesiones sino por escepcion, y en un pueblo al que no le duele el gastar, y muy especialmente en las solemnidades del culto; en un pueblo cuya masa es religiosa, esto debe indicar algo. Nosotros no vamos á combatir las opiniones de nadie en este punto, pero tenemos una, y es de que los cultos se dan siempre mejor á las sagradas imágenes en los templos que en las calles. Vaya á ellos el que quiera, porque por la misma razon que á nadie se le obliga á hacerlo, hay un derecho á exigirle que una vez que entre en ellos sea con espíritu de devocion, que esté allí con la compostura y recojimiento que reclama el lugar sagrado, que no profane el recinto augusto con torpes escándalos, que se conduzca bajo sus bóvedas como un verdadero cristiano, que respete en fin lo que respetan los demás que allí concurren. Tal es nuestro modo de ver: podremos estar equivocados, pero si aceptamos razones que en este sentido puedan invalidar las nuestras, no estamos dispuestos á discutir las que se refieran á ventajas materiales que la localidad pudiera obtener de la salida de nuevas procesiones. Respecto al sentido religioso de la cuestion no creemos que esos argumentos sean de los que puedan tener cabida en ella.

Así durante la cuaresma como durante la Semana Santa los cultos que se han tributado en Cádiz á los sagrados objetos de la veneracion católica han sido numerosísimos, sucediéndose sin interrupcion las novenas, triduos y setenarios, siempre con abundante concurrencia de fieles. Todos han tenido lugar con el mayor decoro, y frecuentemente con suntuosidad. Ha sido esta una verdadera Semana Santa, sin estrépito, sin bullicios mundanos, hecha con el recogimiento y la devocion profunda que debe distinguir á un pueblo católico y culto por educacion. No hemos echado de menos nada de lo que segun algunos haya podido faltar, porque, segun nosotros, eso habria espuesto á irreverencias los objetos sagrados que nuestra religion venera.

¿Querrá esto decir que no hemos hallado nada que necesitase corregirse? No ciertamente: pero estas cosas no son de aquellas que afectan á la conducta general de un pueblo, no son de aquellas que se rozan con los deberes de la autoridad. Si ha podido haber tal cual persona entre la muchedumbre apiñada en los templos que menos prudente haya perturbado con las exigencias de su mala educacion el silencio y hasta la devocion de los demás, eso entra en las condiciones del individuo; el pueblo entero de Cádiz ha sido ahora lo que es siempre, un modelo de cultura y de sentimientos cristianos.

Concluida esta época han vuelto á abrirse los espectáculos todos, que durante la cuaresma apenas han dado señales de vida; porque el pueblo de Cádiz, fiel á sus costumbres antiguas, no se ha prestado nunca á alterarlas concurriendo á los teatros en el tiempo en que la Iglesia lo llama á los templos.

No tenemos hoy espacio para ocuparnos de las compañías que en los coliseos funcionan. Lo haremos con mayor extension, diciendo entre tanto que *la del Principal se ha reforzado con un artista* de gran concepto en el mundo filarmónico, con el barítono Sr. Ferry, el cual ha satisfecho cumplidamente á los aficionados; que el Balon se lanza á la arena con buenos ánimos, y que el Circo, que ha recobrado sus alas, se promete hacer frente á sus dos ya citados rivales. A todos deseamos prosperidad, pues Cádiz, si lo saben llamar, tiene para todos.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

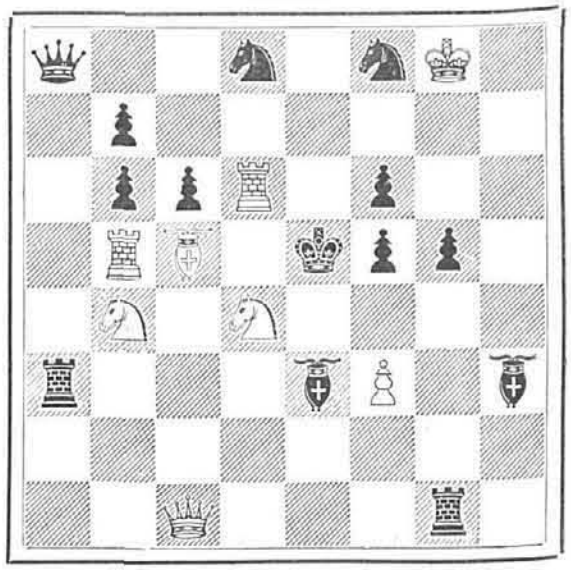
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION DEL N.º 2.

Blancas.	1 R 3ª ARª.	Negras.	PTR 1 p.
	2 A c. CRª.		PTR 1 p.
	3 T 6ª CR.		PCRª 1 p.
	4 R 3ª Rª.		R 4ª AR.
	5 R 1ª Rª jaque-mate.		

PROBLEMA N.º 3, POR FEDERICO DE R. (DE B...)

NEGRAS.



BLANCAS.

Mate en cuatro jugadas.

Explicacion del figurin iluminado.

VESTIDO DE SEÑORITA PARA CONCIERTO.—Trage de tafetan blanco, con rayitas rosa formando cuadros pequeños; lo bajo de la enagua está guarnecido con un volante encañonado á pliegues muy gruesos, que tenga 8 centímetros de alto, sobre el cual corre una tira de tafetan rosa, lisa, pespunteada por cada lado con seda blanca, y de 6 centímetros de ancho. El corpiño, moderadamente escotado, va adornado con tiras de tafetan rosa, igualmente pespunteadas con seda blanca, y dispuestas primero en forma de chaqueta *Fígaro*, despues en *escalones* sobre el delantero del corpiño, y por último en *corazon* en el borde superior de aquel, el cual se guarnece por dentro con un camisolin escotado, plegado, de muselina blanca, con borde atravesado por una cinta de terciopelo rosa. Mangas muy cortas, compuestas de un volante encañonado, de tafetan rosa, pespunteado, por debajo del cual pasan dos bullones de muselina.

TRAGE DE TAFETAN NEGRO.—Enagua orlada por uua tira de terciopelo negro de 20 centímetros de ancho; el corpiño es en forma de chaqueta *Fígaro*, abotonado por el cuello, separándose en el pecho, redondeándose por debajo del brazo, y mucho mas corto que el talle; este se sujeta con un cinturon ancho, con punta, orlado de terciopelo negro; la chaqueta, el jockey, el borde de la manga, y la faltriquera se orlan con una tira del dicho terciopelo, bordado con lunares grandes de seda maiz, imitando botones dorados. Cófia de gasa blanca con cintas de gasa malva. Las mangas de la chaqueta apenas son mas anchas que las de un vestido de caballero; dejan pasar un bullon de muselina blanca, terminado por un rizado de encage blanco.

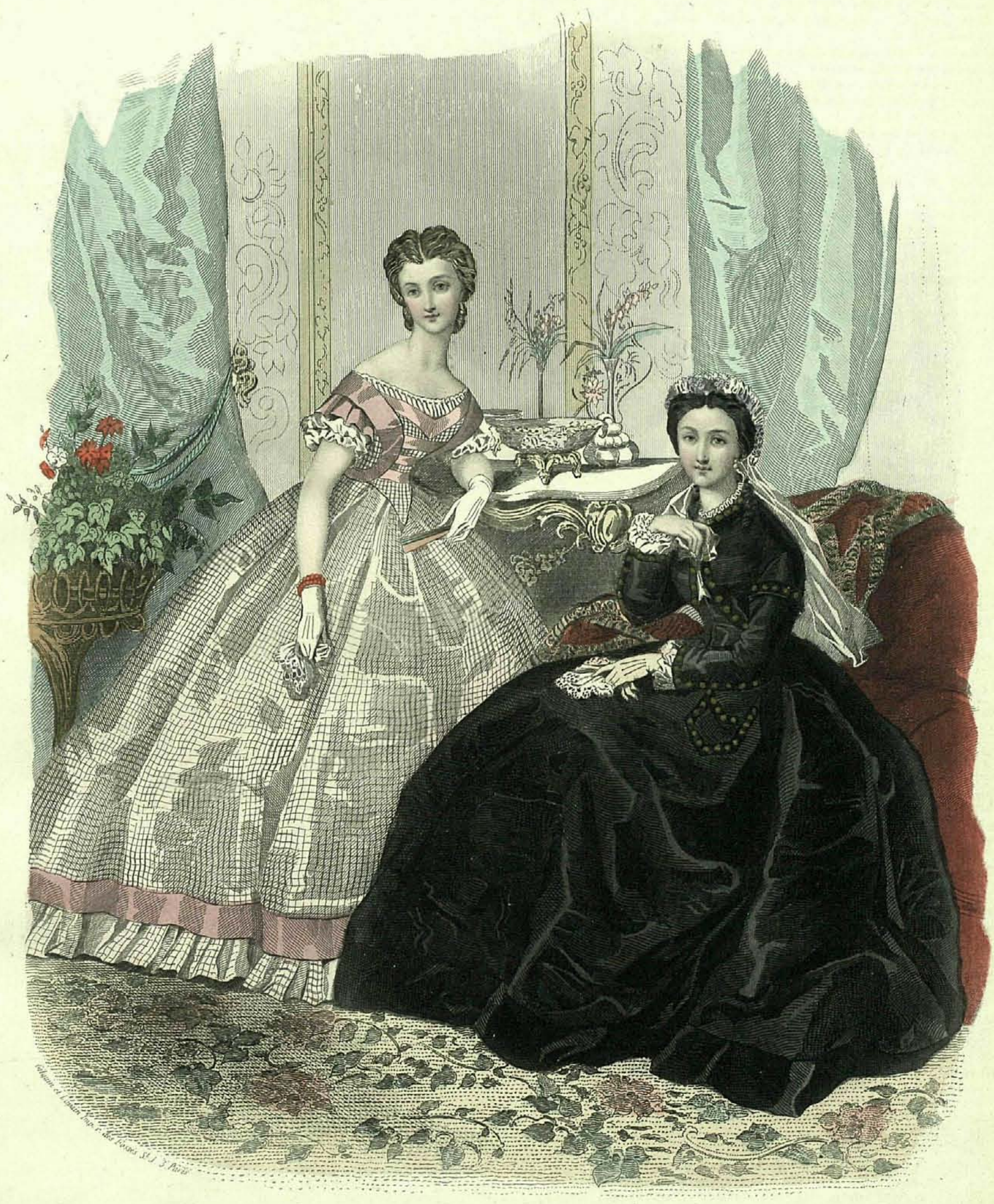
GEROGLIFICO.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ: 1863.—IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA.
Bomba n. 1.

© Biblioteca Nacional de España

n.º 15.



LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Cadiz

© Biblioteca Nacional de España